

Cabellos enlazados entre flores,  
 Que hacen pender su peso; brazaletes  
 Que de sus brazos el carmin realzan;  
 Perlas que bajo el agua pura brillan,  
 Y que asir uno se imagina en vano,  
 Como su arena de oro, con la mano,

Sobre esa sombra yo la mano tiendo  
 Por miedo de que el viento la disipe,  
 Y envidiosos mis labios de su orilla,  
 Quieren beber el agua venturosa  
 Que reflejan la imágen deliciosa.

Pero cuando risueña se levanta  
 Lila, y sigue à su madre solo queda  
 En aquel ántes encantado sitio  
 Un agua triste, oscura:  
 La pruebo, y es amarga: de su seno  
 Deslucen el cristal la alga y el cieno.

¡Oh niña! lo que en esas aguas causas,  
 Siempre causó en mi alma la hermosura:  
 Cuando su dulce rayo la ilumina  
 De claridad y júbilo se inunda;  
 Mas ¡ay! cuando se aleja,  
 En tinieblas tristísimas la deja.

Pero era el caso que la hermosa niña para quien acabábamos de componer estos versos en francés y en árabe literal, no entendía el francés ni el árabe, y solo un poco el italiano.

23 de Octubre, 1832.

Al salir el sol hemos dejado, repuestos y alegres, el convento del Monte Carmelo y sus dos excelentes religiosos, y nos hemos encaminado por ásperos senderos que bajan de la cima al mar. Ahí, hemos entrado en el desierto que se estiende entre el mar de Siria, cuyas costas aquí son en general llanas, arenosas y están cortadas en pequeños golfos; y las tierras que son una continuacion del Monte Carmelo. Estas tierras que van descendiendo con insensible gradacion, á medida que se acercan á la Galilea, son negras y áridas y con frecuencia hienden las peñas la capa de tierra y de arbustos que les queda: su aspecto es sombrío y monótono; no tienen mas que su vestidura de luz esplendente y la ideal magestad de lo pasado que las rodea; de trecho en trecho, la cordillera que forma por espacio de diez leguas, se interrumpe y se entreabre á la vista algun valle poco profundo; en el fondo, ó en las laderas de uno esos valles vemos distintamente los restos de una fortaleza y una gran

aldea árabe que se estiende bajo los muros del castillo; el humo de las casas se eleva y serpea á lo largo de las faldas del Carmelo, y largas hileras de camellos, de cabras negras y de vacas rojas, se prolongan desde la aldea hasta la llanura que atravesamos; algunos árabes á caballo, armados con lanzas y sin mas vestido que su manta de lana blanca, los brazos y las piernas al aire, caminan al frente, y á los lados de esas caravanas de pastores que van á llevar los ganados al único manantial que que hemos encontrado hace cuatro horas. Los manantiales fueron descubiertos y labrados en otro tiempo por los habitantes de los pueblos, situados todos en la orilla del mar; hace siglos que los árabes actuales han abandonado estos pueblos; ya no queda en ellos mas que la fuente, y todos los dias hacen este viage de una hora ó dos para ir á buscar agua y dar de beber á sus rees. Hemos caminado todo el dia sobre restos de murallas, y sobre mosaicos que atraviesan la arena; el camino está sembrado de ruinas que atestiguan el esplendor y las inmensas poblaciones de estas riberas en remotos tiempos.

Teniamos desde por la mañana en el horizonte delante de nosotros, en la orilla del mar, una inmensa columna que reverberaba los rayos del sol, y que parecia agrandarse y salir de las olas á medida que avanzábamos. Cuando nos acercamos, reconocimos que aquella columna es una masa con-

fusa de magníficas ruinas pertenecien á diversas épocas: primeramente distinguimos una inmensa muralla, semejante en todo, por su forma, su color y el corte de las piedras, á una pared del coliseo de Roma. Esta muralla de prodigiosa altura, se alza sola y sesgada, sobre un monton de otras ruinas de construcciones griegas y romanas; pronto descubrimos, mas allá, los restos elegantes y calados, como un encage de piedra de un monumento moruno, iglesia ó mezquita, ó acaso uno y otro sucesivamente; luego una serie de ruinas en pié, y bien conservadas, de otras muchas construcciones antiguas; el camino de arena que seguian nuestros camellos nos conducian bastante cerca de aquellas curiosas reliquias de lo pasado, cuya ecsistencia, nombre y fecha ignorábamos completamente.

Acaso de media milla, de aquel grupo de monumentos, la costa del mar se eleva y la arena se convierte en peña; esta en todas partes ha sido tajada por mano de los hombres sobre una estension de como hasta una milla de circuito,—formando una especie de ciudad primitiva labrada en la roca ántes de que los hombres aprendiesen el arte de arrancar la piedra á la tierra y de construirse viviendas sobre su superficie:—en efecto, es una de aquellas ciudades subterráneas de que hablan las mripreas historias, ó cuando menos, una de aquellas vastas *Necrópolis*, ciudades de los muertos, que surcaban en todos sentidos la tierra ó las peñas en los alrededores de las grandes ciudades

de los vivos; pero la forma de los peñascos y de las innumerables cavernas abiertas en sus laderas indica, mas bien, à mi juicio, la morada de los vivos. Estas cavernas son espaciosas y sus puertas muy altas; à ellas conducen numerosas y anchas escaleras; tambien hay ventanas abiertas en la peña viva para dar luz à aquellas. Habitaciones, y dichas puertas y ventanas dan sobre calles talladas profundamente en las entrañas de la colina. Hemos seguido muchas de estas hondas y anchas calles, donde se ven carriles que indican las huellas de las ruedas de los carros. Una multitud de águilas, de buitres é innumerables bandadas de estorninos se elevaban, al acercarnos, de entre las sombras de aquellos peñascos socavados:—arbustos rastreros, flores parietarias, grupos de mirtos y de higueras han echado raíces en el polvo de aquellas calles de piedras, y alfombran aquellas largas galerías. En algunos sitios los antiguos moradores habian hendido enteramente la colina con el cincel, y abierto canales que dejan llegar el agua del mar y permiten à la mirada abarcar una parte del golfo que forma detras de la ciudad: este conjunto presenta un pais de un carácter enteramente nuevo, juntamente grave y duro con el peñasco, risueño y luminoso como aquellas lontananzas aéreas sobre el azul del mar, y como aquellos bosques de plantas nacidas espontáneamente en las hendiduras del garito. Anduvimos algun tiempo por aquellos

maravillosos laberintos, y llegamos en fin, alpié de la gran muralla y de los monumentos morunos que teniamos delante de nosotros; allí nos detuvimos un instante para deliberar. Aquellas ruinas tienen mala reputacion; pues sirven con frecuencia de emboscada à algunas cuadrillas de árabes ladrones que roban y asesinan à las caravanas: en Kaifá nos habian prevenido que las evitásemos ó las pasásemos en órden de batalla, y sin permitir à ninguno de los nuestros que se separase del cuerpo de la caravana. La curiosidad habia vencido; no habiamos podido resistir al deseo de visitar unos monumentos desconocidos à la historia antigua y moderna; ignorábamos si estaban desiertos ó habitados. Llegado que hubimos al pié de los muros que todavía los rodean, vimos la brecha por donde; teniamos que penetrar:—en el mismo instante apareció un grupo de árabes à caballo y con lanzas, en la arena que nos separaba de la entrada, y cargó sobre nosotros. Sorprendiéonos su embestida pero íbamos preparados: llevábamos en la mano nuestras escopetas de dos cañones cargadas y amartilladas, y pistolas en la cintura; avanzamos hácia los árabes y se pararon de repente; yo me destaqué de la caravana, mandando que siguiesen todos sobre las armas, y me adelanté con mis dos compañeros y mi dragoman; parlamentamos, y el jeque, con sus principales ginetes, nos escoltó hasta la brecha, dando órden à los árabes del interior

de respetarnos y permitirnos visitar los monumentos; con todo conceptué prudente no dejar entrar con nosotros mas que una parte de los míos; los demas quedaron acampados á un tiro de fusil del collado, prontos á acudir á nuestro auxilio si hubiéramos caído en una celada. No era inútil esta precaucion, porque hallamos en el interior de las murallas una poblacion de dos á trescientos árabes beduinos contando las mugeres y los niños; no hay mas que un boquete para salir de aquellas ruinas, y fácilmente hubiéramos sido cogidos y acuchillados, sino hubiera tenido á raya á aquellos bárbaros la fuerza que nos quedaba fuera y que podian suponer mas considerable de lo que realmente era; habiamos cuidado de no presentar toda nuestra gente, y algunos camelleros se habian quedado de intento detras, acampados en un cerro, donde se los podia ver.

Apenas penetramos por la brecha, nos hallamos en un dédalo de senderos que daban vuelta alrededor de los restos derruidos de la gran muralla y de los otros edificios antiguos que descubrimos sucesivamente. Aquellos senderos ó aquellas calles no tenian ninguna abertura regular; el pié de los árabes, de los camellos y de las cabras los habia trazado á la ventura entre aquellos escombros: Las familias de la tribu no habian edificado nada, ni hecho otra cosa mas que aprovecharse de todas las cavidades que la caída de las piedras gigantes cas habia formado aquí y allí para hospedarse en

ellas, unas á la sombra misma de las cañas de las columnas ó de los capiteles detenidos en su caída por otras ruinas; otras, debajo de un pedazo de lienzo de pelo de cabra negra, tendido de un pilar á otro, á manera de techo. El jeque mismo, sus mugeres y sus hijos, que ocupaban sin duda el palacio del pueblo, tenian todos su habitacion á la entrada del mismo, en los escombros de un templo romano, sobre un cerro muy elevado, encima del sendero por donde entrábamos, y formaba su casa un inmenso pedazo de piedra esculpida que pendia casi perpendicularmente, apoyado por uno de sus ángulos en otras peñas rodadas de tropel y como paradas en su caída. Aquel caos de piedras parecia que verdaderamente se estaba desplomando todavía y amagaba aplastar á las mugeres y á los hijos del jeque que mostraban sus cabezas por cima de nosotros, fuera de aquella caverna artificial. Las mugeres no estaban tapadas; su único vestido era una camisa de algodón azul que deja el pecho y las piernas descubiertas, y ceñida al cuerpo con un cinturón de cuero. Aquellas mugeres nos parecieron hermosas, á pesar de los anillos que les pendian de las narices, y de las estrañas pinturas que manchaban sus megillas y sus pechos. Los niños estaban en cueros, sentados ó montados en las peñas talladas que formaban la azotea de aquellas espantosas moradas; y algunas cabras negras, de largas orejas colgantes, habian trepado al lado

de aquellos chiquillos sobre la puerta de las grutas, y nos miraban pasar ó brincaban sobre nuestras cabezas cruzando de una á otra peña el profundo sendero por donde caminábamos. Vimos algunos camellos tendidos de trecho en trecho en los huecos formados entre las ruinas, y alzando sus cabezas pensativas y serenas por cima de los troncos de columnas y de capiteles derruidos. A cada paso variaba la escena y atraía mas vivamente nuestra atencion. Un pintor hallaria mil asuntos desconocidos, del efecto mas pintoresco, en la forma siempre nueva é inesperada en que están mezcladas y confundidas las viviendas de la tribu con los restos de los teatros, de los baños, de las iglesias y de las mezquitas que cubren aquel rincón de tierra. Cuanto menos ha trabajado el hombre para crearse un asilo en aquel caos de una ciudad derribada, cuanto mas improvisadas están aquellas habitaciones por la singular casualidad de la caída de los monumentos, mas tambien la escena es poética y sorprendente. Varias mugeres ordeñaban sus cabras en las gradas del anfiteatro; manadas de carneros saltaban uno á uno de la ventana en arco diagonal (ojiva) del palacio de un emir ó de una iglesia gótica de la época de las cruzadas. Algunos jeques sentados fumaban sus pipas bajo la cincelada bóveda de un arco romano, y los camellos estaban atados por el ronzal á las columnillas morunas de la puerta de un harem. Apeámo-

nos para visitar circunstanciadamente las principales ruinas: los árabes nos opusieron grandes dificultades cuando manifestamos la voluntad de entrar en el recinto del gran templo que está en el extremo de la ciudad sobre un peñasco á la orilla del mar: nos fué preciso tener una nueva disputa en cada patio, en cada tapia que teníamos que pasar para penetrar en él; hasta tuvimos que emplear la amenaza para obligarlos á cedernos el paso. Las mugeres y los niños se alejaron lanzándonos imprecaciones; el jeque se retiró un momento, y los demas árabes mostraron en sus rostros y ademanes todas las señales del descontento; pero el aire de indecision y timidez mal disfrazada que vimos tambien en ellos, nos animó á insistir, y entramos, medio de grado, medio por fuerza, en el interior de aquel monumento, el último y el mas admirable de todos.

No puedo decir lo que es; de todo hay en su construccion, en su forma, y en sus ornatos; me inclino á creer que es un templo antiguo que los cruzados convirtieron en iglesia en la época en que poseyeron á Cesarea de Siria y las playas circunvecinas, y que despues los árabes han convertido en mezquita. El tiempo, que se burla de las obras y de los pensamientos de los hombres, le convierte ahora en polvo, y la rodilla del camello se dobla actualmente sobre aquellas losas donde sucesivamente se han hincado las rodillas de tres ó cuatro

generaciones religiosas delante de diferentes dioses. Las bases del edificio son evidentemente de arquitectura griega de una época de decadencia; en el arranque de las bóvedas, la arquitectura toma el tipo moruno; ventanas primitivamente corintias han sido convertidas con mucho arte y gusto en ventanas con agimeces con leves columnillas: lo que subsiste de las bóvedas está bordado de arabescos de una delicadeza y de un primor exquisito.

El edificio tiene ocho caras, y cada una de las entradas producidas por esta forma octógona contenía sin duda un altar, à juzgar por los nichos que decoran la parte de las paredes donde debian estar apoyados aquellos altares. Tambien la parte central del edificio estaba ocupada por un altar principal, lo que fácilmente se adivina en vista de la elevacion del terreno en aquel punto del templo, elevacion producida sin duda por los escalones que rodeaban el altar. Las tapias de esta iglesia están medio derruidas, y ofrecen brechas por donde se estiende la vista hasta el mar y los escollos que le costean; multitud de plantas rastreras penden en penachos de enramada y flores desde lo alto de las bóvedas desgarradas, y miles de pajarillos de collar rojo, y nubes de golondrinas azules trinaban en aquellos bosques aereos ó revoloteaban á lo largo de las cornisas. La naturaleza prosigue su himno en el punto donde el hombre ha acabado el su-

yo. Luego que salimos de aquel templo desconocido, recorrimos á pié las diferentes calles del pueblo, ballando á cada paso curiosas ruinas é inesperadas escenas formadas por aquella mezcla de costumbres salvages con los hermosos testimonios de las civilizaciones muertas. Vimos un gran número de mugeres y muchas árabes ocupadas, en los pequeños patios de sus chozas, en las diferentes faenas de la vida pastoril; unas tejian telas de piel de cabra; otras estaban empleadas en moler la cebada ó hacer cocer el arroz; —generalmente son muy hermosas, altas, robustas, tienen la tez quemada por el sol; pero parecen sanas y vigorosas. Sus negros cabellos estaban cubiertos de piastras de plata ensartadas; tenian pendientes y collares guarnecidos con el mismo adorno; prorumpian en gritos de sorpresa viéndonos pasar, y nos seguian hasta otras casas. Ninguno de los árabes nos ofreció el menor regalo, por lo que no creimos deber ofrecérselos nosotros, y salimos con precaucion del recinto del pueblo. Nadie de la tribu nos siguió y fuimos á plantar nuestras tiendas á un cuarto de legua de la gran muralla, en el fondo de un pequeño golfo rodeado tambien de tapias antiguas, y que fué en otro tiempo el puerto de esta ciudad desconocida. El calor era de treinta y dos grados; bañámonos en el mar á la sombra de un antiguo muelle que todavía no se han llevado completamente las olas, miéntas que nuestros sais levanta-

ban nuestras tiendas, daban un poco de cebada á nuestros caballos y encendian la lumbre junto á un arco que sirvió sin duda de entrada á aquel puerto.

Los árabes dan á este sitio un nombre que significa *peñasco cortado*. Los cruzados le llaman en sus crónicas Castel peregrino ó *castillo de los peregrinos*; pero no he podido descubrir el nombre de la ciudad intermedia, griega, judía ó romana, á que pertenecian los grandes restos que nos habian atraído. Al dia siguiente continuamos costeando las orillas del mar hasta Cesarea, á donde llegamos hácia el medio dia, despues de haber cruzado por la mañana un rio que los árabes llaman Zirka, y que es el rio de los cocodrilos de Plinio.

Cesarea, la antigua y espléndida capital de Heródes, no tiene ya ni un solo habitante; sus murallas, reedificadas por san Luis durante su cruzada, están sin embargo intactas, y todavía hoy servirian de escelentes fortificaciones á una ciudad moderna. Cruzamos por un puente de piedra el profundo foso que la rodea, y entramos en el laberinto de piedras, de cuevas entreabiertas, de restos de edificios, de fragmentos de mármol y de pórfido de que está atestado el solar de la antigua ciudad; hicimos salir tres chacales del seno de los escombros que resonaban bajo las pisadas de nuestros caballos; buscábamos la fuente que nos habian indicado, y que con dificultad hallamos en la estremidad

oriental de aquellas ruinas, y nos acampamos junto á ella. Hácia el anochecer llegó á aquel sitio un pastorcillo árabe con un innumerable rebaño de vacas negras, de carneros y de cabras; cosa de dos horas pasó ocupado constantemente en sacar agua de la fuente para abreviar sus reses que aguardaban con paciencia su turno, y se retiraban en orden despues de haber bebido, como si hubieran ido dirigidas por mayores. Aquel muchacho, enteramente desnudo, iba montado en un borrico; salió el último de las ruinas de Cesarea, y nos dijo que todos los dias acudia de aquella suerte, de sobre dos leguas, á llevar al abrevadero los ganados de su tribu, establecida en la montaña: aquel fué el único encuentro que tuvimos en Cesarea, en aquella ciudad donde Heródes, segun el testimonio de Josefo, acumuló todas las maravillas de las artes griegas y romanas, donde abrió un puerto artificial que servia de abrigo á toda la marina de Siria. Cesarea es la ciudad donde San Pablo estuvo prisionero y pronunció, para su defensa y la del cristianismo naciente, aquella hermosa arenga conservada en el capítulo 26 de los Hechos de los apóstoles. Cornelio el centurion y Felipe el Evangelista eran de Cesarea, y en el puerto de esta ciudad fué tambien donde se embarcaron los apóstoles para ir á sembrar la palabra evangélica por Grecia é Italia.